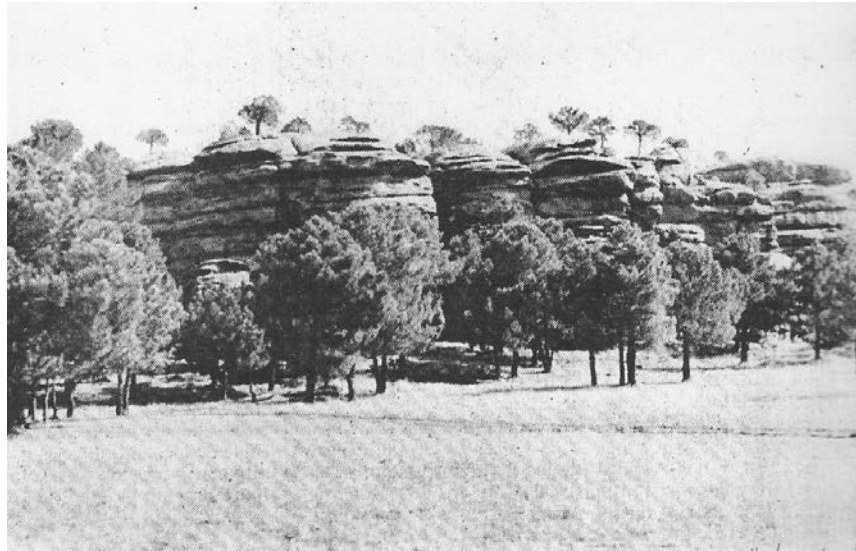


## Cuentos de la vida real (1)



Peñas de la Masía de Ligros

Desde tiempo me rondaba la idea de escribir algo sobre lo que se dice y cuenta por mi pueblo. De vez en cuando surge la leyenda que rompe la cotidianeidad, se recuerda una vez más la iglesia con santos de oro, situada en un bello paraje a un kilómetro del pueblo.

Parte viva de la propia vida de los pueblos, sus historias, sus leyendas, sus chismes y costumbres con sus vicios, sus defectos, sus virtudes, inconcebible de otra forma. Al pueblo le siguen gustando sus cosas, sus singularidades. Se busca el destacar del pueblo de al lado de alguna manera, aunque a fin de cuentas se trata de episodios, chistes, recuerdos, andanzas y vivencias, pasajes de la vida similares o iguales, pero en distintos escenarios.

Al aldeano amante de su pueblo, de todo lo suyo, no hay modo de convencerle de que no fue su abuelo el que se enfrentó con aquellos lobos, historia que se repite casi por todos los pueblos, porque común a todos fueron las situaciones vividas. Cuesta también admitir que no fuera a uno de su pueblo al que se le ocurrió el chiste que tan bien cae por la comarca. Luego resulta que casi todas las cosas han ocurrido en otros lugares. Y habrá bastante de real en las afirmaciones de unos y otros.

Sin duda que todo, o casi todo, de alguna forma ha ocurrido o alguien se lo inventó o lo amañó para que resultara más creíble. ¿Pero dónde ocurrieron o nacieron al conocimiento general? Porque lo cierto

es que en casi todos los pueblos hay galgos que se ponen a mear cuando sale la liebre. Y en Bezas esto ocurría con los galgos del tío Correjas.

Sobre todas estas cosas y hasta las tribulaciones, que tan bien caían a las gentes del pueblo, que constituyeron parte del alma simple de los pueblos, no es nada fácil averiguar los orígenes. Solo si se fuese capaz de ir tomando severísima nota de lo que a diario acontece en el entorno y a través de los tiempos, se podría llegar a alguna conclusión en determinados casos del enmarañado embrollo de los decires populares que tan bien caen, aunque la verdad auténtica no llegara a saberla más que uno propio.

Por ejemplo, ¿quién es capaz de asegurarnos a los bezanos, (gentilicio "bezasinos") dónde nació ese sambenito, entre sarcástico y cariñoso, que pesa sobre nuestro pueblo y que dice, "aquí hay más gente que en Bezas", bien para resaltar acontecimientos multitudinarios o precisamente cuando es todo lo contrario y que se oye en lugares incluso muy alejados de la comarca?

Y conste que a los "bezanos" no nos disgusta oírlo. La perpetuidad del nombre de nuestro pueblo está asegurada, siquiera sea a través de un dicho y la risa nos llega de oreja a oreja cuando lo oímos, aunque ignoramos de dónde salió, quien lo llevó a la calle.

Estas acotaciones enlazan perfectamente con esa leyenda de la iglesia que tiene los santos de oro, la hipotética iglesia situada en un lugar muy próximo al pueblo de Bezas.

Seguro que a mis queridos paisanos les va a agradar que yo hable de esta imaginaria (¿) iglesia, nos compenetrarnos muy bien, saben de mi gran cariño hacia nuestro pueblo y sus cosas.

A mí me encanta la leyenda y la cuento de vez en cuando. No es justo callarme cuando alguien me dice que en su pueblo había brujas, o un castillo con fantasmas, o que tuvieron un bandolero muy temido y generoso a la vez. Pues en Bezas hay una iglesia que tiene santos de oro y que nadie ha podido localizar.

Pero es que también he oído decir que en Bezas hubo en tiempos remotos una colonia veraniega de brujas, que servían de enlace entre las brujas de Jabaloyas y las de Trasmoz y otras zonas bruñeriles. Dicen que se trataba de la ruta ibérica más adecuada para el paso de las ardientes damas de la escoba, desde el Levante cálido hasta los somontanos del Moncayo y el oscense, obligada ruta hacia la Jacetania, para rendir viaje en los Pirineos de Huesca y el vasconavarro, en cuyas montañas vivía una casta especial de brujas.